LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

-XXII-

RESTREPO MANUEL CANUTO (1825-1891). Viaje a Roma y a Jerusalén. París. Imprenta de Paul Dupont y Compa. Rue Jean-Jacques-Rouseau, 41. 1871. 11½ x 17½. 625 págs.

Según Monseñor Justino C. Mejía y Mejía, biógrafo del señor Restrepo, en su libro *Pasto*, *Pastores y Pastorales*, (Quito, 1943), éste "fué hombre de lucha". Y añade: "Lo llamaron Obispo-general. Falso. Fué Obispo-generalísimo". (Pág. 153-166).

El Viaje a Roma y a Jerusalén, es fiel reflejo del carácter de su autor. Libro de lucha el suyo, de combate contra sus enemigos, o contra quienes él reputaba como tales, en el cual aprovecha todas las ocasiones que se le presentan, a lo largo de su recorrido, no solo para tachonar sus páginas de citas bíblicas y consideraciones políticas, morales y doctrinarias, sino también para impugnar vehementemente sistemas filosóficos, métodos de gobierno, ideas generales, en fin, en desacuerdo con su pensamiento. Por eso, el libro carece de espontaneidad y de vida, y no ostenta el permanente interés que constituye el principal encanto de otras narraciones de viaje. Sin contar con que el autor no era dueño de un verdadero estilo literario, ni se propuso, a lo que parece, al escribir sus viajes, hacer una obra de arte. Así lo manifiesta en diversos pasajes de su libro, como cuando dice, al concluírlo: "Mi único desco es, que los que lean este libro adquieran sentimientos relijiosos, si por su desgracia no los tienen, y que los aviven y confirmen más y más, si por su dicha los poseen en su corazón...". (Págs. 618-619).

Por este libro sabemos que el señor Restrepo salió de Abejorral, con destino a Europa, el lunes 8 de agosto de 1894. La navegación del Magdalena, rumbo a la Costa Atlática, hízola sin suceso alguno digno de referirse. Los pueblos ribereños de esa arteria fluvial pareciéronle, y lo eran en realidad, muy atrasados; "pues los gobiernos de mi patria, —dice— en vez de procurar misioneros a aquellas comarcas, lo que hacen es perseguir y desterrar los Obispos, y destruír los seminarios para que no pueda haber en ellos ni siquiera eclesiásticos del país, que fomenten y trabajen por la cultura y prosperidad de aquellos habitantes..." (.Pág. 26).

Las ruinas de Cartagena y el abandono en que se encontraban entonces las murallas de la heroica ciudad, le inspiran al par que amargos reproches al régimen republicano del país, entusiastas recordaciones del abolido sistema monarquista que las construyó: "Estas murallas, —escribe— se destruirán no muy tarde, por descuido de los Gobiernos y por el abandono del pueblo, ¿y con qué reemplazará el espíritu republicano esta obra gigantesca del genio y del progreso de las monarquías? (Pág. 27).

Son frecuentes las alusiones a Mosquera y los reproches a su administración. "Fue en estos castillos que (sic) el ilustre doctor Ospina y sus compañeros estuvieron presos y detenidos por la bárbara ferocidad del que, la revolución les llama (sic) gran general", escribe. (Pág. 29).

Sobre la ciudad de Colón, el siguiente comentario: "Este pueblo situado en el estremo norte del istmo de Panamá, es compuesto (sic) casi en su totalidad de yankees: se habla el inglés, más que el español, y en vez de moralidad de costumbres y de religión, solo se encuentran allí el movimiento mercantil y el espíritu de materialismo que distingue a aquella raza. Hay allí una iglesia protestante, que goza de toda seguridad y garantías por parte de un gobierno, que ha saqueado las Iglesias pertenecientes al Catolicismo en su propio país...". (Pág. 30).

París, la capital del arte, de la belleza y de la ciencia, antes que admiración, le inspira al viajero serios reproches. A tal propósito, recogidas al azar, estas muestras:

"La Magdalena que es más bien edificio profano y un efecto de las ideas revolucionarias, que lo elevaron como templo a la gloria..". (Pág. 42).

"El Panteón, o sea la Iglesia de Santa Genoveva, es a mi juicio una de las mejores de París... Debajo de los subterráneos, están los sepulcros de Voltaire y de Rouseau (sic); y en la fachada del templo está escrito con grandes letras: 'A la memoria de los grandes hombres, la patria agradecida'. La religión y la impiedad se han disputado aquella Iglesia... A hombres de las condiciones y de la escuela de Rouseau y de Voltaire, la patria y la humanidad no les deben mas que los males que sufren, y sus calamidades, sus infortunios y sus lágrimas...". (Pág. 43).

"Muchas veces me detuve en la plaza de la Concordia, que es de las más hermosas que he visto, para reflecsionar sobre las funestas consecuencias de las malas doctrinas que se enseñan a ciencia y paciencia de los Gobiernos; pues en aquella plaza se alzaron los cadalsos de la Revolución de 1792 y tuvo lugar el sacrificio de Luis XVI...". (Págs. 45-46).

Este es el juicio implacable del viajero acerca del pueblo francés, y de la capital que simboliza sus glorias y la civilización universal: "Aquel pueblo no piensa más que en divertirse y en gozar del mundo; y, ufano con su preponderancia política y con la gloria de sus armas, está embriagado de soberbia y de orgullo; y se postra hoy, como en el siglo pasado, ante el ídolo de la razón y de la prostitución, para ofrecerle sacrificios, antes de entrar en el camino de sus infortunios.

"Yo creo que en París hay más justos que en Sodoma; pero no menos vicios y escándalos; y de ella puede decirse lo mismo que dijo Marta a

Jesucristo, cuando se acercaba al sepulcro de Lázaro para resucitarlo: 'Señor, ya hiede', y se necesita nada menos que el poder de Dios, para levantar de la sepultura del vicio, el cadáver de esa sociedad en putrefacción...

"Yo no mandaría por mi cuenta ningún joven a educarse en París, a no ser en el seminario de San Sulpicio o en los colejios dirijidos por los Jesuítas...". (Págs. 47-49).

Cuando llega el viajero a Jerusalén, tócale presenciar una de las solemnidades más grandiosas del cristianismo: la celebración del jueves santo, en que se hace el depósito sirviendo de monumento el Santo sepulcro. Tratados internacionales de los Estados europeos con el imperio otomano, que ejercía soberanía en tierra santa, impusieron al gobierno turco la obligación de reconocer y garantizar el libre culto de las iglesias cristianas en Jerusalén. A ese propósito, el viajero comenta: "...yo vi durante la semana y particularmente el jueves santo, ir el bajá de Jerusalén, al santo Sepulcro, para ver que no se inquietare a los católicos en el ejercicio de su culto. Confieso sin embargo, que me daba un pesar profundo ver aquella conducta de parte de los gobiernos despóticos y no católicos; y comprarla con la de otros que se llaman republicanos, liberales, civilizados, progresistas y tolerantes. Sí, yo pensé que son más libres y felices los que viven bajo el resplandor de la media luna, y con la cabeza inclinada bajo el cetro de la sublime puerta, que los que viven en medio de las farsas despreciables, que se llaman repúblicas...". (Página 229).

Es el pensamiento dominante del viajero a lo largo de su peregrinación. Diríase que cualquier país parécele mejor que el suyo, cualquier sistema de gobierno, así fuese el sultanato otomano o el bajalato egipcio, mucho mejor que el régimen republicano imperante en su patria:

"He sido testigo —escribe— de lo que ha pasado en mi país desde 1851 hasta 1864, y he visitado con reflecsion la Turquía, y por consiguiente, me creo competente para juzgar en este negocio y decir lo que hay de verdad en él.

"Yo fui perseguido en mi país, porque no quise aceptar condiciones, que el gobierno republicano me imponía contra la libertad de mi conciencia; se me impidió la profesión pública de mi relijión, y se me prohibió el ejercicio de mi ministerio; y esto mismo ví hacer con los obispos, con todo el clero y con los católicos. En Turquía, ante un gobierno déspota y no católico, he profesado públicamente mi relijión; he ejercido con plena libertad mi ministerio y he visto hacer lo mismo a católicos, mahometanos, judíos, protestantes, griegos, coptos, rumenos, maronitas y armenios, sin que nadie les ecsigiese condiciones ni los molestase para nada. Y esto a la sombra del palacio del sultán en Constantinopla, junto al vizir en Alejandría, al lado del virey en el Cairo, y en presencia del bajá en Jerusalén. Ahora bien: de qué lado, están la opresión, la esclavitud, la intolerancia, la carencia de libertad, la mala fe o la ignorancia, la mentira, la burla y el engaño? Están en la Turquía o en la República? Pobre patria mía en manos de gobiernos republicanos, en que las cosas públicas son de unos pocos; alternativos en que alternan esos pocos y los que están abajo con

el incensario; representativos de sus mismas conveniencias e intereses y responsables de nada!...". (Págs. 360-362).

Quejábase el señor Restrepo de actuaciones del General Tomás Cipriano de Mosquera, durante los primeros años de su gobierno revolucionario. Mucho más tarde, en 1872, desempeñando el ilustre payanês la Presidencia del Estado del Cauca, hizo una representación al gobierno del doctor Murillo Toro, contra el señor Restrepo, por las razones que apunta Quijano Wallis en sus *Memorias* (pág. 318), obteniendo del Presidente de la Unión esta respuesta:

- "Presidencia de la Unión. Bogotá. 1872.
- "Ciudadano Gran General Mosquera,
- "Presidente del Estado Soberano del Cauca.
- "Popayán.

"Señor:

"Con vuestro interesante Mensaje he tenido el honor de recibir los documentos que comprueban que el Reverendo Señor Manuel Canuto Restrepo, Obispo de Pasto, ha predicado sermones y escrito circulares de carácter político contra las Instituciones de la República, y particularmente contra la persona del Presidente de la Unión.

"No obstante que abundo en vuestros deseos de evitar a todo trance cualquiera alteración del orden público, no puedo dar en respuesta a vuestro Mensaje, sino la siguiente declaración:

"El Reverendo Señor Obispo de Pasto, al predicar sermones y al escribir pastorales, sea con carácter religioso u ora político, contra las instituciones, contra el Gobierno de la República y contra la persona de sus Magistrados, no comete ningún delito, y no hace otra cosa que disfrutar de una garantía social y de ejercitar un derecho perfecto que le otorga la Constitución, la cual determina como base fundamental de nuestra Democracia, la libertad de expresar los pensamientos, de palabra o por escrito, sin limitación alguna. Por tanto en vez de pretender perseguir, coartar la libertad y castigar al Prelado, debe protegérsele por las Autoridades de la Unión en el ejercicio de sus derechos.

"Me repito con todo respeto, vuestro atento servidor y compatriota,

M. Murillo." (Ob. cit. 318-19).

Respuesta digna de un demócrata, de un verdadero repúblico, de un varón consular, como lo fue Murillo Toro.

En ocasiones también, cuando el viajero narra las impresiones que experimenta frente a ciertos paisajes, tiene rasgos afortunados que acusan pericia en el arte descriptivo, a la usanza romántica de mediados del pasado siglo:

"Antes de coronar la cima se ofreció a mi vista una aurora de varios colores que reflejaba su diversa luz en los inmensos horizontes que cobijaba un cielo despejado y azul y que servía de diadema a la luna, que

se presentó poco después sobre uno de los más elevados cerros de la montaña.

"Hay bellezas que espantan, y en esc número está la vista de los Alpes en una noche clara.

"La luna comenzó a platear las desnudas rocas de aquella cordillera, que brillaban como grandes espejos puestos a media luz, y a proyectar las sombras de los picos en profundas concavidades donde parecían gigantescos espectros, que hablaban en medio del silencio de aquella soledad, tomando por voz el ruido de los torrentes.

"El espectáculo fue de corta duración, porque pronto amaneció, v cuando acabamos de coronar la altura era ya de día...". (Pág. 601).

Hablando del señor Restrepo, dice el Pbro. Gonzalo Uribe V., en su libro Arzobispos y Obispos Colombianos, impreso en Bogotá en 1918, que "Su Viaje a Roma y a Jerusalén es un libro precioso, leído con afecto cariñoso en todos los hogares antioqueños...". Y es también un raro ejemplar de la bibliografía colombiana, ya que no ha sido reimpreso desde hace noventa años.